



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Final de Grado

**Conflicto, lenguaje y subjetividad:
hacia una historización de las tecnologías del lenguaje.**

Autora: Virginia Mariano Folgar

Tutor: Prof. Agdo. Dr. J. Guillermo Milán-Ramos

Montevideo, Uruguay

Octubre, 2025

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	4
Capítulo 1: Raíces Culturales y Subjetivas del Conflicto.....	6
1.1 El Aparato Psíquico como Campo de Fuerzas	6
1.2 Del Mito a la Estructura: un Caso Paradigmático de la Constitución del Lazo Social.....	9
1.3 Dialéctica Pulsional y Vasallaje del Yo en la Segunda Tópica	13
1.4 Renuncia Pulsional y Regulación Cultural: el Origen del Malestar	15
Capítulo 2: Lenguaje, Cientificidad y Psicoterapia	20
2.1 Escritura y Subjetividad: el Gesto Inaugural del Pensamiento Occidental	20
2.2 Cognitivismo, Comportamiento y Espiritualidad, la Utopía de la Gestión de Sí	25
Capítulo 3: Consideraciones finales.....	33
Referencias bibliográficas.....	38

Resumen

En este trabajo abordamos la noción de conflicto como dimensión constitutiva del sujeto, articulando aportes del psicoanálisis con una perspectiva culturalista sobre las tecnologías del lenguaje. El análisis se inscribe en una lectura que concibe el conflicto como una noción irreductible de la subjetividad, ligada al lenguaje, al cuerpo y a las formas históricas de organización del saber.

Desde los desarrollos freudianos, se aborda la constitución del conflicto en relación con la dinámica pulsional, la cultura y el lazo social, considerando tanto los modelos tópicos como las elaboraciones sobre el malestar. Estos planteos son puestos en diálogo con aportes lacanianos que permiten precisar la centralidad del lenguaje y la distinción entre enunciado y enunciación en la constitución del sujeto.

En un segundo momento, el trabajo analiza la incidencia de las tecnologías del lenguaje —desde la escritura alfabética hasta las psicoterapias contemporáneas— en la configuración histórica del conflicto. Se examinan los efectos de fijación, codificación y objetivación de la experiencia subjetiva producidos por la racionalidad científica, así como las condiciones epistemológicas que hicieron posible la emergencia del psicoanálisis y del behaviorismo-cognitivismismo como discursos clínicos.

Finalmente, el estudio propone situar las redes sociales como tecnologías contemporáneas del lenguaje, inscriptas en un proceso más amplio de tecnificación del decir, que reconfigura las formas de expresión del conflicto y sus modos de inscripción en el lazo social. Esta investigación se inscribe en las actividades del grupo de investigación *Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay* (ID CSIC 881876), de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República (Uruguay).

Palabras clave: conflicto, tecnologías del lenguaje, enunciado-enunciación, psicoanálisis, behaviorismo-cognitivismo, lazo social, redes sociales

Introducción

El presente trabajo propone una exposición de la dimensión del conflicto subjetivo organizada en dos secciones. La primera se orienta a examinar las raíces culturales y subjetivas del conflicto, a partir de los desarrollos teóricos de Freud — con aportes de Lacan—, en los que la noción de conflicto sería concebida como constitutiva del sujeto. Desde este marco, se traza un recorrido desde la primera tópica freudiana, donde el conflicto se presenta entre sistemas e instancias opuestas — Inconsciente- Preconsciente/Consciente, y entre el principio de placer y el principio de realidad—, así como en la fundación del lazo social explicada a través del mito del padre de la horda primordial. En la segunda tópica, el conflicto gana una mayor complejidad a partir de la dialéctica pulsional entre el Ello, Yo y Superyó, configuradas por la renuncia pulsional exigida por la cultura, siendo el conflicto conceptualizado como un dualismo irreductible.

La segunda sección aborda la incidencia de las tecnologías del lenguaje —alfabeto, cientificismo, psicoterapias— en estrategias y operaciones de disimulación u ocultamiento del conflicto. Partimos de una historización que tendría como hito el advenimiento de la escritura alfabética en los inicios de Occidente, cuya función de fijación y transcripción de la oralidad introduciría una tensión y distancia estructural entre enunciado y enunciación, consolidando formas de determinación, disciplinamiento y control que darían lugar a un imaginario de racionalidad científica orientado a la univocidad del signo.

Este encaminamiento cientificista, profundizado con la consolidación de la ciencia moderna, adquiriría nuevas modalidades a partir del positivismo (Comte) y las ciencias de la memoria (Hacking) del siglo XIX, momento en el cual se produciría un nuevo hito en el proceso de “colonización de la espiritualidad”, en el que se objetiva y codifica científicamente al sujeto, propiciando el desplazamiento progresivo de la experiencia conflictiva hacia el dominio del saber técnico. Las vertientes psicoterapéuticas surgirían como dispositivos de saber clínico anclados en la racionalidad de la ciencia moderna, racionalidad que, al prefigurar las condiciones de posibilidad de sus conceptos fundamentales, habría establecido los criterios de formalización mediante los cuales la experiencia subjetiva del sufrimiento devendría objeto clínico.

Sobre este trasfondo, el trabajo interroga la especificidad de la era digital, y en particular de las redes sociales, en tanto tecnologías del lenguaje inscriptas en una larga genealogía de objetivación y tecnificación del decir, cuya progresiva especialización estaría incidiendo no solo en las modalidades contemporáneas de producción de sentido, sino también en el estatuto mismo del conflicto como dimensión estructural del sujeto y del lazo social. Esta investigación fue realizada en el marco del grupo de investigación *Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay* (ID CSIC 881876), en la Facultad de Psicología de la Universidad de la República (Uruguay).

Capítulo 1: Raíces Culturales y Subjetivas del Conflicto

1.1 El aparato psíquico como campo de fuerzas

Desde sus trabajos iniciales, Freud situaría el *conflicto psíquico* como un elemento central en el estudio de la neurosis, lo que habría permitido descubrir mecanismos psicopatogénicos hasta entonces desconocidos. Empero, conforme trascendiera el ámbito de la patología, se transformaría en *una condición constitutiva del ser humano*, adquiriendo relevancia tanto teórica como clínica.

En la obra freudiana, por conflicto psíquico se entendería la confrontación entre fuerzas antagónicas internas al sujeto. Este podría expresarse de forma *manifiesta* —como tensión entre un deseo inconsciente y una exigencia moral, o entre dos sentimientos contradictorios—, o bien podría permanecer *latente*, revelándose de manera deformada y traduciendo principalmente en la *formación de síntomas*. Se distinguirían diferentes modalidades de conflicto: entre instancias psíquicas, entre pulsiones contrapuestas o en el marco del conflicto edípico (Laplanche & Pontalis, 1967/2004).

En la primera tópica, el aparato psíquico se concebiría como un sistema energético y dinámico, cuyo funcionamiento estaría dividido en *instancias opuestas* —el inconsciente (Icc.) y el preconscious/consciente (Pcc./Cc.)— separadas por la acción de la *censura*. A esta contraposición se le sumarían el choque entre el *principio de placer* y el *principio de realidad*, en donde el conflicto entre la búsqueda de satisfacción inmediata de las pulsiones y la mediación de la realidad constituiría la fuerza que organizaría el funcionamiento del aparato psíquico (Freud, 1911/2013).

En el mito del *infans*, Freud (1895/2013) elaboraría el momento inaugural tanto de la vivencia de placer —entendida como la descarga de una tensión— como de la primera comunicación con el otro. En esta escena, en el niño se produciría un aumento de tensión —provocando un cambio de motilidad— que no hallaría descarga debido a su impotencia motriz. Incapaz de restablecer por sí mismo el estado anterior de equilibrio, es únicamente a partir de una alteración externa —la intervención contingente del otro— que se produciría una transformación del estado corporal, vivida como una experiencia de satisfacción. Este acontecimiento se inscribiría en el aparato psíquico como una huella mnémica y funcionaría como matriz de la búsqueda posterior de placer.

Al depender de la intervención del otro, la vivencia de satisfacción fundaría una *tensión estructural entre la búsqueda de descarga inmediata y la mediación necesaria de la realidad*. La huella mnémica del objeto perdido mantendría vivo el anhelo de *repetición* —propio del inconsciente—, mientras que la imposibilidad de su reproducción plena haría que el psiquismo encontrara otros caminos para la búsqueda de placer (ibid.).

La alucinación sería en este momento primario un mecanismo inicial de descarga, permitiendo sostener la expectativa de satisfacción cuando el objeto real no estuviera presente. El aparato pasaría de la satisfacción imaginaria a la satisfacción real, *reemplazando el deseo alucinatorio por acciones dirigidas*. Esta organización —bajo el principio de realidad—, le exigiría al yo el aplazamiento de la satisfacción, orientando su búsqueda hacia formas más duraderas y compatibles con la cultura (Freud, 1911/2013).

La suspensión de la descarga inmediata fundaría el establecimiento del *pensamiento*. El pensar adquirirá la capacidad de transformar la energía pulsional en representación, organizando el aparato psíquico de investiduras libres a ligadas. Ese proceso determinaría el

destino de la pulsión sexual: del autoerotismo primario a las formas de amor objetivado (ibid.).

Este pasaje no eliminaría el principio de placer, dado que una porción de la actividad psíquica permanecería bajo su influencia. Esta escisión —sostenida, en parte, por el desarrollo diferencial entre las pulsiones yoicas y sexuales— facilitaría la instauración de la *represión*, desplazando ciertas representaciones al inconsciente y posibilitando su satisfacción mediante formaciones sustitutivas (ibid.). Estas las podríamos encontrar en los sueños, en los síntomas, los actos fallidos, etc.

En el sueño, la satisfacción por vía alucinatoria de un deseo —principalmente sexual e infantil— permitiría la expresión de las representaciones reprimidas incompatibles con la conciencia. La deformación onírica estaría mediada por los mecanismos de condensación y desplazamiento, que distorsionarían el material reprimido, haciendo que aún aquellos sueños que pudieran resultar angustiantes, triviales o incoherentes, responderían a la necesidad de mantener oculto el contenido latente, por lo que todo sueño constituiría, en última instancia, “un cumplimiento de deseo” (Freud, 1900/2013, p. 154).

En las Neuropsicosis de defensa la enfermedad sería el resultado del conflicto, una formación defensiva con la que el yo intentaría protegerse de las representaciones intolerables mediante el divorcio entre representación y afecto, la conversión histérica o el rechazo total de la representación —*Verwerfung*— (Freud 1894/2013).

Los mismos mecanismos que operarían en los síntomas neuróticos también actuarían en la vida cotidiana. En el conocido caso del nombre “Signorelli”, podría mostrarse cómo el esfuerzo consciente por recordar se vería interferido por contenidos psíquicos reprimidos —ideas asociadas a la muerte y la sexualidad— que previamente habían sido rechazados por el sujeto. La intención es evocar el nombre, pero este se hallaría ligado, a través de cadenas

de representaciones, con contenidos inconciliables con la conciencia. La represión no recaería directamente sobre el contenido intolerable, sino que se desplazaría hacia una representación asociada —el nombre propio—, provocando su olvido. El olvido se presentaría como una formación defensiva, en la que el conflicto entre sistemas se expresaría en forma de error (Freud, 1901/2013).

La exigencia de renunciar al placer inmediato frente a las demandas de la realidad implicaría asumir un *sufrimiento* que se revelaría inherente a la existencia psíquica. El descubrimiento del inconsciente subvertiría la primacía de la realidad empírica, al instaurar una realidad psíquica en la que la verdad del sujeto se alojaría fuera del registro de lo observable. Así, el conflicto psíquico se establecería como la manifestación estructural de la división subjetiva, siendo precisamente esta escisión la que daría lugar a lo humano.

1.2 Del Mito a la Estructura: un Caso Paradigmático de la Constitución del Lazo Social

En *Tótem y tabú*, Freud tejería una trama mítica capaz de manifestar una verdad analítica sobre los orígenes de la moral y la religión en la escena del asesinato del padre de la horda primordial.

Freud (1913/2014) propondría que, en un estado social primordial del ser humano, las primeras hordas se habrían organizado en torno a un padre que concentraría el poder y las mujeres del clan. Al hacerlo, provocaría en los hijos excluidos una lucha pulsional que impulsaría la alianza fraterna para asesinar y devorar al padre. En el mito, el padre muerto

introduciría el significante que operaría como límite al goce absoluto Lacan, J. (1969/2008), instaurando la pérdida fundante que daría comienzo a la cultura.

Aunque, la muerte del padre habría marcado el punto culminante de la caída del poder arbitrario, *las pulsiones en pugna —aparentemente enmudecidas— continuarían su embate*. Tras la satisfacción del odio hacia el padre y operada la identificación con él —mediante la incorporación oral—, despertarían en ellos contradictorios sentimientos, que llevarían a las mociones eróticas en su corriente tierna a imponerse sobre las agresivas y sexuales. Es por este predominio que nacería el *sentimiento de culpa*, convirtiéndose en el *núcleo del conflicto psíquico* (ibid).

De la culpa surgirían los dos tabúes fundamentales del totemismo: no matar al animal totémico—objeto sustituto del padre— y no cometer incesto, en un intento de reconciliación con la figura paterna. Esta estructura inauguraría una forma primitiva de *conciencia moral*, en la que el tabú¹ funcionaría como un síntoma reactivo frente a los deseos inconscientes. Su transgresión activaría un juicio interior adverso (*Verurteilung*). Aquello que en un principio se les había impedido, “ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la «obediencia de efecto retardado [*nachtraglich*]»” (ibid., p. 145). La paradoja del mito consistiría en que, una vez muerto el padre, los hijos lo eternizarían como ley.

El asesinato representaría el momento mítico de constitución de la *represión primaria*, mecanismo por el que se organizarían las representaciones en el interior del aparato psíquico. La ley marcaría el *pasaje de lo real al significante* introduciendo la prohibición que limita el

¹ La palabra tabú significaba en un principio sagrado e impuro. Sobre esta ambivalencia Freud señala: “El estudio de las lenguas más antiguas nos ha enseñado que antaño existían muchas palabras así, que abarcaban opuestos; en cierto sentido —aunque no exactamente en el mismo— eran ambivalentes como la palabra «tabú». Luego, mínimas modificaciones fonéticas de la palabra primordial de sentidos contrarios sirvieron para procurar una expresión lingüística separada a los dos opuestos reunidos en ella” (Freud, 1913 p.72).

goce originario, instaurando una discontinuidad, la *falta* que abriría el campo del deseo (Lacan, 1969/2008).

La ley tendría la función de regular el deseo, exigiendo *renuncias pulsionales* que no tendrían, para Freud, el mismo valor psicológico. Mientras que la prohibición de matar al padre se sostendría exclusivamente en motivos afectivos, la prohibición del incesto obedecería a “un poderoso fundamento práctico” (ibid, p. 146). La *sexualidad* dejada a su lógica indeterminada haría que el asesinato cometido contra el padre pudiera transformarse más tarde en una lucha fratricida. El costo de vivir implicaría la frustración de la satisfacción pulsional, el sufrimiento por la imposibilidad de conciliar el deseo con la norma.

La sofocación pulsional volvería al deseo inconsciente y retornaría bajo la forma de la prohibición. En el banquete totémico, los hijos comen juntos la carne del animal y, al hacerlo, expían colectivamente la culpa de su deseo parricida e incestuoso. Liberados momentáneamente de la obediencia impuesta por la ley, la muerte del animal —que una vez había sido venerado— sería celebrada poniendo en evidencia la ambivalencia afectiva que podemos pesquisar en el conflicto edípico². El sacrificio sería la repetición ritualizada del crimen originario, acto recordatorio del deseo prohibido, aquello que Freud desentraña como “la suprema desmentida de la gran fechoría con la cual empezaron la sociedad y la conciencia de culpa.” (ibid, p.152).

La transgresión adquiriría legitimidad en la medida en que todos los miembros del clan participaban. El banquete no solo aseguraba la transmisión del tabú y de la ley, sino que también renovaba la identificación con el padre y, simultáneamente, reforzaba la identificación entre los hermanos. Con el tiempo, a la prohibición de matar al padre se le

² Freud (1909) mostraría que los mandamientos centrales del totemismo corresponderían a los deseos fundamentales del complejo de Edipo, observados en las zoofobias infantiles —como en el caso del pequeño Hans—, donde el animal es el subrogado paterno.

sumaría otra regla, la de no matar al hermano. Más tarde, el orden una vez fundado en el linaje se transformaría en el mandamiento universal: “No matarás” (ibid, p. 148).

La transición hacia normas universales se derivaría de la aparición de las divinidades paternas, que partirían de aquella primera idealización del padre y encarnarían sus atributos. El restablecimiento del poder del padre en forma de divinidades introduciría jerarquías sociales de las que surgiría el régimen patriarcal. La familia constituiría una restauración parcial de la horda primordial, restableciendo algunos derechos del padre pero preservando las conquistas sociales obtenidas por los hijos (ibid). El padre, subrogado como divinidad, consolidaría la transición de la experiencia psíquica individual hacia estructuras sociales y religiosas más complejas.

Freud concluiría que en el *complejo de Edipo* se conjugarían los orígenes de la religión, la moral, la vida social y el arte. La repetición de esta estructura en la clínica mostraría la persistencia de esta tensión arcaica en la vida moderna, constituyendo el núcleo de las neurosis (ibid.).

En el sujeto moderno, la culpa persistiría *independiente de hechos reales*, operando en el marco de una realidad psíquica sustentada enteramente en los deseos inconscientes (ibid.) La función estructurante de la fantasía conferiría a lo pensado el valor de un hecho vivido, dificultando así la distinción entre fantasías y recuerdos reprimidos.

El mito explicaría cómo un conflicto inicialmente social, vinculado a la economía libidinal y a la propiedad, se habría transformado en un conflicto intrapsíquico. La constitución psíquica humana sería producto de la lucha entre deseo y prohibición, dialéctica forjada por la adquisición del lenguaje, palanca primordial del lazo social.

1.3 Dialéctica Pulsional y Vasallaje del Yo en la Segunda Tópica

Mientras que, en la primera tópica, Freud concebiría el conflicto como una oposición entre lo conciente y lo inconsciente, en la segunda tópica se suplantaría por otro antagonismo: “un yo coherente y lo reprimido escindido de él” (Freud, 1923/2014, p. 19). Esta nueva estructura del aparato psíquico introduciría una mayor complejidad en la comprensión del conflicto, que ya no se limitaría a la frontera entre sistemas, sino que podría manifestarse en distintos niveles: entre las instancias —ello, yo y superyó—, en el interior de una misma instancia, o en las tensiones entre las pulsiones que las gobiernan.

En *Más allá del principio de placer*, Freud (1920/2013) reformularía el modelo pulsional, a partir de la constatación de la compulsión a la repetición, sustituyendo la oposición entre pulsiones sexuales y yoicas por una nueva dualidad: Eros y Tánatos. Las pulsiones de vida integrarían tanto las sexuales como las de autoconservación, ampliando así el concepto de libido como energía orientada a la unión, conservación y desarrollo. Eros se manifestaría en la cohesión psíquica, el pensamiento, los vínculos y la cultura; Tánatos, fuerza regresiva, tendería a la destrucción, la repetición y la desorganización.

Según Freud (1923/2014), las pulsiones de vida y de muerte se encontrarían *parcialmente ligadas* en toda organización vital. Eros contendría y desviaría la tendencia destructiva de Tánatos, impidiendo que se dirija hacia el propio yo. Esta unión sería siempre *inestable*, pudiendo disolverse en una desmezcla pulsional que invertiría la dirección de la pulsión de muerte hacia el sujeto. La ambivalencia entre Eros y Tánatos constituiría, desde el origen, la estructura misma de la vida pulsional.

La *ampliación del concepto del yo* le atribuiría funciones y procesos antes diferenciados en distintos sistemas. La conciencia dejaría de considerarse un sistema independiente para constituirse como núcleo del yo. Funciones reconocidas del sistema

preconsciente pasarían a incluirse en mayor medida dentro del yo. Y en lo que Freud pondría especial énfasis: el yo sería en gran parte inconsciente (Laplanche & Pontalis, 1967/2004). Estos antagonismos, reunidos en el yo, pondrían de manifiesto el conflicto que estructuraría a la propia instancia.

Pese a su función diferenciadora, el yo conservaría una dependencia estructural respecto de la energía pulsional del ello, trasponiendo sus demandas en acción como si le fueran propias (Freud, 1923/2014). Aun frente a sus fracasos, el yo, como representante de la realidad, estaría destinado desde el inicio a ejercer cierto control sobre las pulsiones, intentando imponer el principio de realidad sobre el principio de placer. Para Freud, la distinción que asumiría el yo respecto del ello consistiría en la oposición entre *razón* y *pasión*.

Los objetos a los que el ello habría estado libidinalmente ligado y cuya investidura debería resignar se transformarían en identificaciones que estructurarían el yo y establecerían las bases sobre las que se erigiría el superyó.

En el proceso identificatorio, la transposición del componente erótico de los objetos a los que el ello habría estado libidinalmente ligado produciría una desmezcla pulsional. La pulsión de vida no alcanzaría a contener la fuerza destructiva de la pulsión de muerte, cuya agresividad, al no poder exteriorizarse sin comprometer la organización psíquica, se incorporaría al superyó, otorgándole su carácter severo y punitivo.

El superyó se originaría en la declinación del complejo de Edipo, reuniendo las funciones de prohibición e ideal. El ideal del yo se constituiría en los ideales culturales y morales, así como en las aspiraciones narcisistas del sujeto. Freud mostraría como lo más elevado de la cultura provendría de los deseos y conflictos más íntimos del sujeto, subrogados en un ideal que sometería al yo a sus exigencias (ibid).

El yo intentaría responder a las exigencias hipermorales del superyó mientras es acosado por las pulsiones amorales del ello. Cuando el yo no pudiera satisfacer las exigencias del ideal el conflicto devendría en culpa. Esta tensión adquiriría un carácter paradójico: “[cuanto] más un ser humano sujete su agresión, tanto más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo” (ibid, p. 54). La ley interiorizada que impondría al sujeto sofocar sus pulsiones agresivas para que no se dirijan hacia los objetos, sería precisamente la que lo amenazaría desde dentro, revelando la dimensión mortífera del superyó.

El conflicto resultaría de la imposibilidad estructural de conciliar las instancias. El Yo quedaría situado como vasallo entre dos amos en pugna, organizando estrategias defensivas para sostener un *equilibrio siempre precario*, nunca realizable. Sería precisamente por esta imposibilidad que Freud terminaría por concebir, en *Esquema del psicoanálisis* (1938), el conflicto como un dualismo irreductible.

1.4 Renuncia Pulsional y Regulación Cultural: el Origen del Malestar

En *El malestar en la cultura*, Freud elaboraría una de sus reflexiones más acabadas sobre el carácter irreductible del conflicto que atravesaría la cultura. La bipartición entre el principio de placer y el principio de realidad implicaría la renuncia pulsional como condición necesaria para el pasaje al proceso civilizatorio, cuyo costo sería el malestar.

El elemento cultural se definiría por el intento de regular los vínculos sociales. El paso cultural estaría determinado por la unión de varios en superación del poder de uno solo —tal como lo ilustra el mito de la horda—, marcando la subrogación del poder individual por el poder de la comunidad. Ese movimiento forjaría el derecho como oposición a la violencia individual. Para Freud el derecho equivaldría al poder de la comunidad, una violencia que

conserva los mismos medios y fines, diferenciándose únicamente por su carácter colectivo. La condición psicológica para ese pasaje sería que esa unión adquiriera un carácter permanente y se organizara en torno a la ley como garante de la organización social, la cual exigiría a los sujetos la renuncia pulsional (Freud, 1933/2017).

La limitación de la vida sexual —sostenida tanto por la prohibición del incesto como por la regulación de la elección de objeto— constituiría uno de los fundamentos del proceso cultural. La familia habría operado como uno de los primeros núcleos capaces de amalgamar a los sujetos, garantizando una satisfacción pulsional —restringida al sexo opuesto y al modelo monogámico—, aunque con la tendencia a dificultar la integración de sus miembros en comunidades más amplias. El amor de meta inhibida tendría en las fraternidades su expresión más social, en tanto constituye el mecanismo que permite extender el lazo más allá de su carácter exclusivamente familiar. Estas formas de regulación pulsional tendrían como finalidad la sustracción de la energía psíquica proveniente de la sexualidad, para luego canalizarla al servicio de la comunidad de trabajo (Freud, 1930/2014).

Cuanto mayor fuese su expansión, más severa resultaría la renuncia que la cultura exigiría. El sujeto entraría en conflicto con el programa cultural, dado que todo proceso individual se encontraría regido por el principio de placer y tendría como meta la búsqueda de dicha. La aspiración a la felicidad se enfrentaría con una imposibilidad estructural propia del lazo comunitario, lo que convertiría la felicidad en un ideal irrealizable (ibid.).

Frente a esa imposibilidad, el sujeto buscaría cauces para paliar esa falta a través de la realización personal, mediante un juego de elecciones variables³ que, sin embargo, no

³ Freud las clasificaría en: a) lenitivos: distracciones poderosas, satisfacciones sustitutivas, narcóticos, b) aislamiento voluntario, c) intoxicación, d) dominio de las necesidades, (ascetismo, austeridad) e) sublimación, f) transformación activa de la realidad, g) amor, y h) contemplación de la belleza.

alcanzarían a protegerlo del sufrimiento (ibid.). Este sufrimiento se manifestaría como un sentimiento de pérdida de poder (imposibilidad de hacer reconocer el propio deseo) o como una expectativa irrealizada de libertad (imposibilidad de reconocer el propio deseo) (Dunker, 2015, p. 192).

El sufrimiento se configuraría así como una patología del reconocimiento, marca de una falta compartida que evidencia la dificultad del sujeto para inscribir su malestar en el lenguaje del Otro. El síntoma aparecería como aquello que retorna en lo real, la persistencia de la negación de reconocimiento (ibid.).

Freud (1930/2014) señala que el sufrimiento amenazaría desde tres fuentes: desde el propio cuerpo, desde el mundo exterior, y desde los vínculos recíprocos entre los seres humanos. En cuanto a las dos primeras las declararía inevitables. El padecimiento que surgiría de la organización de los lazos con los otros se estimaría el más doloroso, pues resultaría incomprensible que las normas creadas para protegernos y asegurar el bienestar común se transformaran, al mismo tiempo, en causa de sufrimiento. En este punto, la cultura tropieza con una “naturaleza invencible; esta vez, de nuestra propia complejidad psíquica” (ibid., p. 85).

La existencia de una pulsión agresiva originaria y autónoma, que podría poner en riesgo la vida social, obligaría a la cultura a desplegar diversos mecanismos destinados a contener sus manifestaciones, lo cual se realizaría mediante la constitución de formaciones psíquicas reactivas (ibid.).

Los resortes fundamentales que permitirían mantener unida a la comunidad serían, por un lado, la coerción ejercida mediante la violencia y, por otro, las identificaciones que podrían surgir entre sus miembros. En la estructura libidinal de la masa se distinguirían dos ejes de identificación que asegurarían su cohesión: uno vertical, en el cual cada individuo

colocaría al líder en el lugar de su ideal del yo, y otro transversal, que enlazaría a los miembros entre sí en tanto compartirían el mismo objeto de amor. Estas identificaciones operarían como una mediación simbólica que limitaría el alcance de la pulsión agresiva (Freud, 1921/2013).

No obstante, la tendencia agresiva podría considerarse una manifestación pulsional refractaria a toda tentativa de sofocación. La ley que impediría su exteriorización se introyectaría en el sujeto, dando lugar a la instancia del superyó, en la cual la agresividad, originalmente dirigida hacia los otros, se volvería contra el propio yo. La conciencia de culpa podría interpretarse como expresión del conflicto de ambivalencia, constituyendo el costo subjetivo que implicaría la inscripción del sujeto en el orden civilizatorio (Freud, 1930/2014).

Freud advierte que los círculos sociales reducidos funcionarían como espacios de descarga de la hostilidad, fenómeno que denominaría “narcisismo de las pequeñas diferencias”, el cual permitiría una “satisfacción relativamente cómoda e inofensiva de la inclinación agresiva, por cuyo intermedio se facilitaría la cohesión de los miembros de la comunidad” (ibid., p. 111). Esta canalización de la pulsión conservaría un margen de distinción del yo, manteniendo la falta que haría posible el deseo.

La “miseria psicológica de las masas” implicaría la desaparición de toda diferencia: “Ese peligro amenaza sobre todo donde la ligazón social se establece principalmente por identificación recíproca entre los participantes, al par que individualidades conductoras no alcanzarían la significación que les correspondería en la formación de masa” (ibid., p. 112). Allí donde el lazo social se sostuviera exclusivamente en identificaciones transversales, sin mediaciones simbólicas, la cultura tendería a empobrecerse y el sujeto a disolverse en una masa indiferenciada.

Este nuevo peligro no derivaría ya de la represión pulsional individual, sino de la forma en que se estructurarían los vínculos sociales. La ley perdería su función como principio ordenador de la pulsión, lo que permitiría el predominio del imperativo de goce. La imposibilidad de la dialéctica pulsional dejaría al sujeto sometido a los afectos colectivos, creando la condición psíquica que favorecería la irrupción de la guerra.

Freud sostiene que “La pulsión de muerte deviene pulsión de destrucción cuando es dirigida hacia afuera, hacia los objetos” (Freud, 1933/2014, p. 194). La guerra podría considerarse evidencia de que el sistema de mediación cultural y social ha sido insuficiente para contener las pulsiones destructivas, produciendo una fractura de los lazos identificatorios. La cristalización del significante haría que el discurso dejara de dialectizarse con el otro, adquiriendo la autonomía de verdad absoluta.

La dinámica pulsional mostraría que sería inalcanzable la supresión completa de la inclinación agresiva, por lo que se podría intentar apelar a su contraria, Eros, para desviarla.

La dinámica pulsional daría cuenta de que la supresión completa de la inclinación agresiva sería inalcanzable; por ello, se intentaría apelar a su contraria, Eros, para desviar su dirección. En esta línea, Freud afirmaría que “todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra” (Freud, 1933/2014, p. 198).

Capítulo 2: Lenguaje, Cientificidad y Psicoterapia

El conflicto, como condición constitutiva del sujeto, emergería de la falta estructural introducida por el lenguaje. Esa falta fundaría el lazo social, en tanto organiza las modalidades de circulación del goce, del saber y del deseo entre los sujetos. Sin embargo, el alcance del conflicto no se limitaría a esa dimensión: también se manifestaría en la propia materialidad del lenguaje, en su ambigüedad, sus equívocos, su indeterminación.

En este capítulo abordaremos las distintas operaciones de ocultamiento de la dimensión del conflicto. Tomaremos como punto de partida el advenimiento de la escritura alfabética en los inicios de Occidente, cuya irrupción no solo consolidaría una bipartición en el orden del discurso, sino que también contribuiría a instituir formas de determinación, disciplinamiento y control que darían lugar a un imaginario de racionalidad científica, orientado a la eliminación de ambigüedades y a relegar —o incluso negar— la conflictividad inherente tanto al lenguaje como a la vida psíquica.

2.1 Escritura y Subjetividad: el Gesto Inaugural del Pensamiento Occidental

Partiríamos del presupuesto de que la cultura occidental presentaría una orientación antinómica y conflictiva. Por un lado, existiría una fuerte inclinación de la ciencia y el cientificismo a objetivar e intentar explicar causalmente los fenómenos existentes en el mundo; por otro, su penetración y su influencia en los modos de relacionarnos con el lenguaje producirían un resto: una dimensión irreductible ligada a la experiencia y a la espiritualidad opondría resistencia a los procedimientos de sistematización y axiomatización científica.

Los estudios sobre oralidad y escritura, desarrollados en el ámbito anglosajón entre las décadas de 1970 y 1990 por autores como Eric Havelock, Walter Ong y David Olson, reconocerían en la invención del alfabeto griego un operador estructural fundamental del

pensamiento occidental. Desde su aparición, aproximadamente en el siglo VIII a.C, la escritura alfabética habría transformado de forma radical la relación del sujeto con el lenguaje. Al transcribir con precisión los fonemas de la lengua —vocales y consonantes— en grafemas, habría fijado el habla en un sistema de unidades discretas, sometiendo el universo de la oralidad y del pensamiento a un análisis lineal, objetivo y externo, complementado por un imaginario de rigor y precisión (Piquerez & Milán-Ramos, 2025).

La palabra hablada requeriría de la acción, del cuerpo presente de quien enuncia, conformando un pensamiento inseparable de la situación que lo engendra. En las culturas orales, el saber se transmitiría a través de relatos y cantos que se desvanecerían en el instante mismo de su enunciación, como un eco fugaz conservado por la memoria colectiva, volviéndose especialmente vulnerable a la pérdida. La escritura haría posible la recuperación de esa palabra efímera, transformándola en signo perdurable, resistente a la evanescencia del tiempo. En la medida en que permitiría al saber desprenderse de la situación de enunciación, habría instaurado la condición de posibilidad de un pensamiento abstracto, capaz de nombrar y categorizar los fenómenos del mundo. Esta operación marcaría un hito en la reestructuración del mundo vital humano (Ong, 1982/1996), transformando el lenguaje en un “discurso autónomo”, desplazado de su contexto originario.

Del modo en que se configura a partir de la escritura, la distancia entre enunciado y enunciación confrontaría al sujeto con un lenguaje que existiría independiente de su experiencia. Esa enajenación haría que las palabras adquirieran apariencia y semejanza a las cosas (ibid.), convirtiéndose en objetos analizados, reproducibles y manipulables. La reificación del lenguaje instauraría una nueva economía del sentido, caracterizada por la reducción de la plurivocidad mediante la “expansión de los lenguajes lógicos de referentes unívocos” (Pêcheux, 1982, p. 55), con el riesgo concomitante de un control silencioso de los

enunciados y de una “normalización aséptica del pensamiento” (ibid.) que, como ejercicio de poder, borraría selectivamente la memoria.

El *proceso de objetivación del lenguaje* haría que la palabra escrita, una vez desprendida del intercambio vivo, se replegara hacia la interioridad del sujeto. Recluida en una lectura solitaria e interior, plegada sobre el propio diálogo, la palabra escrita revelaría su condición de letra muerta: un lenguaje arrancado de su contexto de lucha, privado de defensa y despojado de la dinámica del “combate oral e intelectual” (Ong, 1982/1996). La pérdida de la dimensión agonística constituiría la forma inicial en que *el alfabeto habría inaugurado un primer ocultamiento del conflicto*, generando la matriz de una subjetividad individualizante que empezaría a dominar en Occidente.

La escritura no solo fijaría el lenguaje, sino que habilitaría su tratamiento como objeto, susceptible de medición, clasificación y formalización, generando así las condiciones para la racionalidad científica y la epistemología moderna.

Este encaminamiento logicista y científicista, se habría configurado en la modernidad con figuras como Bacon y Descartes, y encontraría en el siglo XIX su cristalización paradigmática en la obra de Auguste Comte. En ella, la racionalidad científica se convertiría en un proyecto explícito de organización social, inaugurando un modelo de resolución del conflicto bajo formas de gestión técnica.

En sus primeros ensayos, Comte afirmaría que “la capacidad científica positiva es la que debe reemplazar al poder espiritual” (Comte, 1820/1942, p. 18), compendiando la idea de que la conducción de la sociedad requeriría fundarse en el conocimiento positivo como principio rector de la transformación técnica de la sociedad. Esta operación supondría la consolidación de un conocimiento asentado en la exterioridad objetiva del mundo y en la división entre teoría y práctica.

En el *Curso de filosofía positiva* (1839/1983), esta arquitectura conceptual se integraría en una visión histórica más amplia. La “marcha hacia la civilización”, entendida como el *progreso del espíritu humano*, requeriría de un tipo de pensamiento con vocación de universalidad, capaz de imponerse sobre el conjunto de la experiencia. El método positivo —sustentado en la observación sistemática, la experimentación y la formulación de leyes— se presentaría como fundamento del proyecto moderno.

La consolidación del método positivo descansaría en la *polarización sujeto–objeto*, convertida en condición de verdad. En este marco, el acceso a la verdad no requeriría transformación alguna del sujeto: bastaría la adhesión rigurosa al método para garantizar la producción de conocimiento. El método aparecería como el operador que restablecería la articulación entre sujeto y objeto en el proceso cognoscitivo, *asegurando la objetividad por vía procedimental*.

El desarrollo de la ciencia se concebiría como lineal, progresivo y mecánico, exento de problematizaciones internas, lo que habilitaría tanto la previsión certera de los hechos como la disolución de las contradicciones mediante su relegación al campo de las hipótesis. La consolidación del *empirismo lógico-matemático* operaría, así, mediante *la exclusión de las causas ontológicas* y *la reducción de la complejidad a relaciones calculables*.

No obstante, la tensión entre verdad y conocimiento derivaría del diagnóstico de que existiría una brecha entre teoría y mundo en sí. Nociones como necesidad o variabilidad funcionarían únicamente como condiciones formales para la enunciación de proposiciones verdaderas, sin establecer una relación directa con la verdad (Beer, 2023). La correspondencia entre conocimiento y mundo sería, precisamente, el modelo mediante el cual el positivismo elevaría al conocimiento a la categoría de horizonte normativo.

La clasificación jerárquica de las ciencias —ordenada según el grado de generalidad y complejidad de los fenómenos— no solo organizaría el campo del saber, sino que instituiría un principio de orden capaz de neutralizar la heterogeneidad y cancelar la conflictividad. Al inscribir las relaciones sociales dentro del eje metodológico de la ciencia natural, traduciría las tensiones en problemas de complejidad técnica, reduciendo su carácter político y situando su resolución en el terreno de la gestión racional.

La constitución de una ciencia de lo útil, lo cierto y lo preciso, haría que la práctica social relevante se identificara con una fe ilimitada en la aplicación técnica del saber en la producción capitalista. El centramiento de los problemas sociales en el ámbito científico posibilitaría el desarrollo teórico de la ideología dominante y, por ende, la implementación de soluciones tendenciosas en todo conflicto social, ya sea explícito o encubierto.

En este horizonte, el conflicto aparecería resuelto a favor de las formas del orden establecido: la primacía epistemológica de la estática sobre la dinámica social; la consideración del desarrollo de las fuerzas productivas al margen de las relaciones sociales; y la formulación del sujeto como principio de racionalidad. Todo ello configuraría un escenario reformista en el que la producción social se homogeneizaría con el método de las ciencias naturales, y el desarrollo discursivo se organizaría mediante análisis apriorísticos de los hechos.

La aspiración positivista de matematizar el mundo y de proyectar el método positivo sobre las dimensiones vinculadas a la vida social impulsaría una codificación científica del sujeto, generando nuevas formas de subjetividad y de lazo social, progresivamente modeladas según los criterios de racionalidad, previsión y control que orientan la producción científica moderna.

En esta línea, lo que Hacking (1995/1998) describiría como la “*colonización*” de la *espiritualidad* por parte de la ciencia de la memoria puede interpretarse como una manifestación privilegiada de esa operación positivista. Durante el siglo XIX, las viejas problemáticas del alma —tradicionalmente ligadas a prácticas de cuidado de sí— comenzarían a configurarse bajo el lenguaje de la observación, la evidencia y la medición, convirtiéndose en un dominio propio del saber científico. Así, la espiritualidad sería redefinida como un objeto científico, mientras que las ciencias de la memoria se instituirían como matrices de pensamiento capaces de producir nuevas categorías de subjetivación, en las cuales el alma pasa a “reescribirse” como una superficie de inscripción científica.

Sobre este plano de fondo, los discursos psicologistas-cientificistas profundizarían dicho movimiento de codificación. Las vertientes psicoterapéuticas, mediante procedimientos de individualización y patologización, transformarían al sujeto en objeto de diagnóstico e intervención, construyendo, a través del conocimiento, categorías clínicas del sufrimiento. El dispositivo clínico se organizaría bajo la dicotomía normalidad/patología —salud/enfermedad—, desplazando los conflictos hacia el terreno de la disfunción psicológica, cuya resolución quedaría supeditada a su inteligibilidad dentro del saber científico.

2.2 Cognitivismo, Comportamiento y Espiritualidad: la Utopía de la Gestión de Sí

Las terapias comportamentales heredarían la matriz de resolución del conflicto inscrita en el proyecto científicista moderno, radicalizando la aspiración a un sujeto transparente a su propio conocimiento. En ellas se desplegaría una lógica terapéutica que identificaría la cura con la *supresión de toda contradicción interna*, reproduciendo así la utopía de un orden psíquico completamente regulado. La historia de las terapias

cognitivo-comportamentales podría leerse como un proceso de progresivo ajuste y especialización de una misma racionalidad positivista, orientada al ocultamiento del conflicto bajo formas técnicas de intervención.

El primer momento de las terapias cognitivo-comportamentales, comprendido entre las décadas de 1950 y 1970, estaría representado por autores como Joseph Wolpe, Hans Eysenck y Ogden Lindsley, cuyas formulaciones se sostendrían en los modelos de condicionamiento clásico y operante desarrollados por Watson y Skinner, aunque con ciertas divergencias (Keegan & Holas, 2010). Vale decir, el primer momento consiste en el modelo comportamental —cuando todavía no se le ha añadido el componente cognitivo, el cual, en el segundo momento, pasa a regular y predominar sobre el componente puramente comportamental skinneriano— resultado de la demoledora crítica que Noam Chomsky dirige al comportamentalismo.

El sujeto sobre el que se articularía este modelo sería el de un organismo biológico, homólogo al animal, definido por su capacidad de responder a estímulos del entorno y de modificar su conducta mediante el aprendizaje. La conducta humana se concebiría como una secuencia observable de respuestas mensurables, reducible a variables de control y predicción. En tal sentido, queda descartada la referencia a cualquier tipo de “proceso interno”.

Del sujeto, sólo resultaría relevante aquello que puede ser “operacionalizado” y “cuantificado”, motivo por el cual el ámbito simbólico del sujeto quedaría reducido y desplazado, —desde el punto de vista de cualquier forma de “psicología profunda”, y también del psicoanálisis, en cualquiera de las modalidades o fases de las terapias cognitivo-comportamentales el sujeto es simplificado y reducido (“aplanado”, eliminando aquello que el psicoanálisis denominara “división subjetiva”). El sufrimiento psíquico,

despojado de su narrativa, se redefiniría como una inadecuación o desajuste del organismo frente al medio, *un error funcional susceptible de corrección*. El objetivo terapéutico se centraría, por tanto, en la *modificación directa de la conducta observable*: técnicas como la exposición, la desensibilización sistemática o el reforzamiento positivo se propondrían sustituir los hábitos desadaptativos por comportamientos funcionales.

Eysenck (1960) rechaza de manera explícita la hipótesis de que la neurosis proviniera de conflictos inconscientes, sosteniendo que la eliminación del síntoma bastaría para alcanzar la cura. *El conflicto dejaría de designar una contradicción estructural de la subjetividad para convertirse en una anomalía conductual susceptible de ser extinguida mediante aprendizaje*. La experiencia interior se reconfiguraría como una superficie de inscripción empírica, un espacio donde el saber científico intervendría para reordenar el comportamiento conforme a un ideal de adaptación.

La primera ola de las terapias cognitivo-comportamentales consolidaría una racionalidad terapéutica orientada a la *estabilidad*, la *previsibilidad* y la *normalización*, reafirmando el ideal de un sujeto regulable y sin contradicciones. No obstante, hacia fines de esta etapa comenzarían a evidenciarse las limitaciones del esquema estímulo–respuesta: la subjetividad excedería los parámetros del condicionamiento. Autores como Mahoney (1974) advertirían que ciertos trastornos, como la depresión o el pensamiento obsesivo, no podrían reducirse a simples asociaciones conductuales (Keegan & Holas, 2010).

La imposibilidad de eliminar el conflicto mediante recursos puramente conductuales habría generado la necesidad de traducirlo e reintegrarlo a la racionalidad cognitivo-comportamental bajo otra forma ya no como desajuste observable del comportamiento sino como *distorsión cognitiva*. El conflicto reaparecería transformado en objeto de intervención racional, abriendo el camino a la segunda ola de las terapias

cognitivo-comportamentales. El discurso de la ciencia, que habría pretendido erradicar la contradicción, terminaría produciendo una nueva gramática del conflicto, más compatible con el ideal moderno de un sujeto autoconsciente, corregible y funcional.

La segunda ola, desarrollada entre las décadas de 1960 y 1980, estaría representada por autores como Aaron Beck, Albert Ellis, Donald Meichenbaum y Richard Lazarus. Este nuevo paradigma incorporaría los procesos cognitivos como mediadores entre el estímulo y la respuesta, desplazando el foco del comportamiento observable hacia la estructura del pensamiento (Keegan & Holas, 2010).

El sujeto dejaría de concebirse como un organismo meramente reactivo para configurarse como un *procesador activo de información*, capaz de organizar la experiencia mediante esquemas y creencias. En la teoría beckiana, estos esquemas constituirían matrices implícitas que orientarían la conducta y darían forma a las interpretaciones sobre uno mismo y el mundo (ibid.). En la primera ola el conflicto se localizaba en la conducta desadaptativa; en esta segunda se reubicaría en el pensamiento distorsionado, no en el organismo que actúa, sino en la mente que interpreta.

Este desplazamiento no implicaría una ruptura con la lógica del control, sino su sofisticación. El sufrimiento continuaría entendiéndose como una disfunción del sistema cognitivo, un error de procesamiento susceptible de corrección técnica. La tarea terapéutica se centraría en identificar y reestructurar los pensamientos irracionales que generarían emociones y conductas problemáticas. En palabras de Ellis (1962), “las dificultades de las personas son en gran parte resultado de la percepción distorsionada y del pensamiento ilógico” (p. 36); la cura consistiría en sustituir tales pensamientos por otros racionales y adaptativos.

Técnicas como la reestructuración cognitiva, la detección de pensamientos automáticos, el entrenamiento autoinstructivo o la inoculación de estrés se consolidarían como instrumentos de intervención directa sobre la mente. La cura seguiría definiéndose como la restauración de un equilibrio previo (Keegan & Holas, 2010).

La segunda ola ampliaría el campo de objetivación inaugurado por el conductismo, trasladando el control desde la conducta visible hacia la interioridad del pensamiento. El conflicto, reducido a una distorsión cognitiva, sería administrado bajo la misma racionalidad adaptativa que habría regido la modificación conductual: una racionalidad que sustituiría la interrogación por la normalización y el trabajo del sentido por el restablecimiento técnico de la funcionalidad.

Estas operaciones sufrirían una profundización en las décadas de los 1980 y 1990 con la imposición del neoliberalismo como una forma de vida que empuja y profundiza en la dirección del ocultamiento y disimulación —pero también de la reintegración e instrumentalización— de la dimensión conflictiva —de modo más preciso, disimulación y ocultamiento de aquellas formas de conflicto que, en épocas anteriores, predominaban y/o eran reconocidas en tanto tales (división subjetiva, lucha de clases, etc), resignificándolas o readaptándolas a un registro o formato que le resulte funcional al sistema (restándole “conflictividad”). Tras el declive del pensamiento marxista y el desplazamiento del horizonte transformador hacia el ámbito individual, comenzarían a proliferar enfoques terapéuticos orientados a la autorrealización y al bienestar personal. Al dejar de constituir el horizonte de cambio, la transformación social daría paso a una concepción de sujeto responsable de determinada “modificación-de-sí” hasta alcanzar una existencia “armónica” y “plena”. Este viraje hacia formas de subjetivación individualizadas sentaría las bases de la denominada *tercera ola* de las terapias cognitivo-comportamentales.

En esta nueva etapa, la modificación de la función de las cogniciones y la incorporación de prácticas como la *atención plena* y la *aceptación* ocuparían un lugar central. Sus principales referentes —Jon Kabat-Zinn (MBSR), Marsha Linehan (DBT), Steven Hayes (ACT) y Segal, Williams y Teasdale (MBCT)— reformularían el problema del sufrimiento, ya no como una disfunción conductual ni como una distorsión cognitiva, sino como un modo inadecuado de relación con la propia experiencia interna. El conflicto dejaría de concebirse como un error a corregir para devenir una vivencia a integrar (Keegan & Holas, 2010).

El reconocimiento de que pensamientos, emociones y conductas serían, en gran medida, efecto de procesos implícitos (Western, 2000) llevarían a estas terapias a buscar un acceso a tales dinámicas automáticas mediante una actitud de conciencia plena (*mindfulness*) y aceptación. El modelo del *mindfulness* articularía una discursividad cientificista con elementos de tradiciones espirituales orientales —en particular del budismo— traducidos al lenguaje de la evidencia empírica. La observación interior, despojada de su dimensión trascendente, se transformaría en técnica de autorregulación psicológica. El aparato de observación dejaría de presentarse como racionalizante para devenir en una experiencia subjetiva, en la que el sujeto aprendería a observar pensamientos y emociones sin emitir juicios (Keegan & Holas, 2010).

El propósito fundamental de esta práctica consistiría en sustituir una actitud crítica y controladora por otra más compasiva hacia las propias vivencias (Orsillo, Roemer y Holowka, 2005). La tercera ola emergería como respuesta al modelo de la terapia cognitiva tradicional, acusado de promover la evitación de emociones y pensamientos desagradables, lo que incrementaría el malestar y la persistencia sintomática (Rayes et al., 1996; Stewart, Zvolensky y Eifert, 1998). Al trasladar el control hacia la regulación atencional, estas terapias

conservarían el principio de gestión técnica del conflicto, ahora bajo la forma de la aceptación (Keegan & Holas, 2010).

El sujeto se configuraría como un sistema autorregulado en interacción con su entorno y con sus procesos internos. El conflicto dejaría de pensarse como algo a eliminar para concebirse como una condición estructural de la experiencia, cuya gestión garantizaría la estabilidad funcional. Las prácticas formales —como la meditación centrada en la respiración o la observación sin juicio de pensamientos y sensaciones— y las prácticas informales —aplicadas a actividades cotidianas— constituirían los dispositivos orientados a reducir la lucha interna y restablecer el equilibrio, buscando promover una relación más consciente y regulada con el propio malestar.

Al incorporar técnicas de meditación y conciencia plena en el campo psicoterapéutico, el *mindfulness* propone modificar la relación con la dimensión de la espiritualidad. Aquello que, sin más trámite, había sido rechazado por el cientificismo, ahora es resignificado y reabsorbido mediante una nueva fórmula, esto es, bajo la forma de una competencia psicológica susceptible de entrenamiento, medición y regulación.

Antes excluida como resto indeterminable, nuevas parcelas o espacios de espiritualidad son reabsorbidos por discursos del conocimiento en permanente adaptación y especialización. Asistimos ahora a la conversión de ciertos dominios o espacios de espiritualidad en categorías clínicas y técnicas de “cura” orientadas a la optimización del funcionamiento del sujeto. Ciertos dominios de la espiritualidad son sometidos a protocolos, evidencias y prácticas de normalización que buscan transformarla en objetos gestionables. Así, la tercera ola, al inscribirse en el “movimiento perpetuo” iniciado en los primordios de Occidente, aquel movimiento mediante el cual la tecnología del alfabeto habría “bloqueado” la espiritualidad como dimensión irreductible de la experiencia al mismo tiempo

que la habría “reabsorbido” como objeto de saber (Foucault), terminaría por operacionalizar el proyecto neoliberal, cuya aspiración sería gobernar la vida a través de la gestión técnica de sí.

Capítulo 3: Consideraciones finales

La noción de *conflicto* como constitutivo del sujeto lo introduce en la dimensión de la *subjetividad (historicidad)* como algo determinante de su existencia. Adentrarse en el campo de la subjetividad supondría situar al sujeto en una relación consigo mismo, con el otro o con el mundo sostenida en una relación tensionante, marcada por la división subjetiva, por la insuficiencia del lenguaje para tratar lo real del cuerpo (Beer, 2023), por un conflicto irreducible que produciría en el sujeto malestar, síntoma, sufrimiento.

Las tecnologías del lenguaje —la escritura alfabética, el lenguaje lógico-matemático, el lenguaje digital—y sus adherencias ideológicas --el cientificismo, el positivismo, el psicologismo— habrían reconfigurado progresivamente la forma en que el conflicto se manifiesta y se organiza, forzando y orientando el campo de la enunciación hacia estructuras fijas, estables y analíticas. Al reducir y determinar la experiencia, habrían codificado el conflicto en categorías técnicas y previsibles mediante lógicas de disciplinamiento y control.

Tanto el psicoanálisis como el behaviorismo-cognitivism surgieron *en relación con* la ciencia moderna, en la medida en que esta habría prefigurado las condiciones de posibilidad de sus conceptos fundamentales, ofreciendo los criterios que permitieron construir sus categorías clínicas. La racionalidad científica, que reconoce uno de sus elementos constitutivos fundamentales en el pensamiento y escritura alfabéticos, posibilita conceptualizar y analizar dimensiones de la experiencia subjetiva que, de otro modo, permanecerían indeterminadas.

En el psicoanálisis, la noción de conflicto se sitúa en la dimensión del cuerpo y del lenguaje; su centralidad lenguajera, articulada como “*experiencia dialéctica*” (Lacan,

1966/2008, p.210), permite que el sujeto cuestione su posición respecto a su enunciación, produciendo un espacio de *oralidad ampliada, expansiva*, que propicia la transformación subjetiva a partir de “una escansión de las estructuras en que se transmuta para el sujeto la verdad” (ibid., p. 212).

Las terapias cognitivo-comportamentales concebirían el conflicto como un desajuste desadaptativo en la organización de patrones de comportamiento aprendidos. Al centrarse en conductas observables, operan bajo lógicas de evidencia y medición, reproduciendo la misma matriz racional que históricamente posibilitó la conceptualización científica del sujeto.

Los dos enfoques citados han dependido de tecnologías del lenguaje que permiten transformar lo subjetivo en objeto de análisis: el psicoanálisis mediante la articulación dialógica del enunciado y la enunciación, y el cognitivismo mediante la codificación de comportamientos y procesos cognitivos, prefigurando incluso los desarrollos posteriores de la tecnología digital.

El recorrido desarrollado permitiría situar la denominada *era digital*, y en particular las *redes sociales*, como una fase específica dentro de un proceso histórico más amplio de objetivación y tecnificación del lenguaje, proceso que no sólo reconfigura las formas del decir, sino que incide directamente sobre el estatuto del conflicto como dimensión estructural del sujeto y del lazo social.

Como tecnología de fijación del discurso, el alfabeto habría creado las condiciones de posibilidad para el advenimiento del cientificismo. La matriz de interpretación histórico-genealógica nos permitiría leer el entorno digital como una fase avanzada de gestión

técnica del lenguaje en la que el decir se vería sometido a procesos de *normalización enunciativa*, *cuantificación del valor discursivo* y *clasificación algorítmica del sentido*. Estas operaciones, que tenderían a neutralizar la ambigüedad y la equivocidad propias del funcionamiento significativo, serían solidarias con los mecanismos de control algorítmico y de gestión de la visibilidad en las redes sociales.

A la luz de la teoría freudiana, las redes sociales se presentarían como espacios en los que las identificaciones transversales adquirirían preeminencia frente a las mediaciones simbólicas verticales. Los modos de encarnación del Ideal del yo tenderían a desplazarse hacia una multiplicidad de soportes imaginarios parciales —figuras mediáticas, consignas, signos de pertenencia— que operarían como referencias identificatorias inestables. Esta configuración tendería a socavar la función de la ley, propiciando una mayor incidencia de formas de cohesión basadas en la identificación transversal y en la exclusión del otro.

La concepción lacaniana de la distinción entre *enunciación* y *enunciado* permitiría precisar, en este punto, el modo en que se vería compeliada la relación dialéctica propia del lenguaje en el entorno digital. Allí donde el sujeto solo puede advenir en la hiancia entre lo dicho y el acto de decir, la emergencia de una nueva tecnología de lenguaje refuerza la ya densa red estratificada de intervenciones tecnológicas sobre el enunciado-enunciación, la cual, en Occidente, desde los tiempos de la invención griega del alfabeto completo, ha empujado y reforzado cierta *primacía del enunciado* como significante estabilizado. Cada renovación y especialización del soporte tecnológico (alfabeto, lenguaje lógico-matemático, tecnología digital...) promueve efectos inmediatos de obturación de dicha brecha, reabsorbiendo al sujeto de la enunciación, hasta que la estabilización y difusión del dispositivo tecnológico muestra las vías, el soporte y la condición de una nueva o relativamente nueva relación entre enunciado y enunciación.

La renovación tecnológica puede obstruir la antigua configuración y flujo del valor diferencial y discontinuo, con (nuevos) efectos de fijación y anticipación de sentido. El *significante* *experimentaría cierta cristalización en la relación dialéctica del decir*, confinando al sujeto dentro de sus propios regímenes de creencias. De este modo, la tecnología digital consolidaría un *régimen de verdad* inscripto en las premisas del capitalismo en su fase neoliberal, en el cual, la predominancia de uno mismo sobre el orden común encontraría su soporte más acabado.

La cristalización de la dialéctica significativa se sostendría, así, en un régimen discursivo que, sin suprimir la falta estructural, la dejaría velada y suspendida mediante una economía de saturación y respuesta inmediata. Mediante la anticipación algorítmica, la falta dejaría de operar como motor del deseo y como principio estructurante del lazo social. En este sentido, el *significante* tendería a funcionar desarticulado de la dialéctica con el Otro, acentuando procesos de polarización y afianzando modalidades narcisistas de relación.

Un narcisismo tecnológicamente reforzado incitaría al borramiento del Otro real, favoreciendo tendencias anómicas y configuraciones subjetivas precarias para anudar lazos con la alteridad. El intercambio social, crecientemente mediado por dispositivos de valorización cuantificable, utiliza la potencia de la performatividad para profundizar y capilarizar nuevas instancias y niveles de reificación fetichista del lenguaje y la acción, inscribiendo en el plano discursivo las relaciones de producción propias del capitalismo en su fase neoliberal, que se presentaría como límite estructural de lo común.

El goce propiciado por las tecnologías digitales tendería a separar la mediación del Otro —ya sea el lenguaje, el cuerpo, la presencia o la alteridad— desplazándose hacia formas más autónomas, más inmediatas, y menos sujetas a las coordenadas simbólicas que organizan el lazo social, proceso facilitado por la *primacía del lenguaje como instrumento de dominación de primer orden*.

La masiva digitalización del lenguaje y la emergencia de una nueva subjetivación de la palabra conducirían a una reconfiguración de la relación del sujeto con el lenguaje, atravesada por la tensión marcada entre el enunciado y la enunciación, lo que hace apremiante la pregunta: ¿Qué es la enunciación hoy?

Referencias bibliográficas

- Beer, P. (2023). Verdade e sofrimento. Psicanálise, ciência e a produção de sintomas. [Verdad y sufrimiento. Psicoanálisis, ciencia y la producción de síntomas]. Perspectiva.
- Comte, A. (1839/1983). Curso de Filosofía Positiva. En J. A. Giannotti & M. Lemos (Selección de textos y Trads.), Comte (pp. 1-40) Abril S.A. Cultural e Industrial.
- Comte, A. (1820/1942). Primeros ensayos. Fondo de Cultura Económica.
- Dunker, C. I. L. (2015). Mal-estar, sofrimento e sintoma: uma psicopatologia do Brasil entre muros [Malestar, sufrimiento y síntoma: una psicopatología de Brasil entre muros]. Boitempo.
- Foucault, M. (1981/2014). La hermenéutica del sujeto. Fondo de Cultura Económica (Trabajo original dictado en 1981-1982)
- Freud, S. (1909/2003). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans) Tomo X. Amorrortu Editores.
- _____. (1905/2003). El chiste y su relación con lo inconsciente. Tomo VIII. Amorrortu Editores.
- _____. (1930/2017). El malestar en la cultura. Tomo XXI. Amorrortu Editores.
- _____. (1927). El porvenir de una ilusión. Tomo XXI. Amorrortu Editores.
- _____. (1923/2014). El yo y el ello. Tomo XIX. Amorrortu Editores.
- _____. (1911/2013). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico en J. Strachey (Ed.), Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras (pp. 217-232). Tomo XII. Amorrortu Editores.
- _____. (1925). Inhibición, síntoma y angustia. Tomo XX. Amorrortu Editores.

- _____. (1900/2013). La interpretación de los sueños. Tomo IV. Amorrortu Editores.
- _____. (1894/2013). Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias) en J. Strachey (Ed.), Primeras publicaciones psicoanalíticas (pp. 41-61). Tomo III. Amorrortu Editores.
- _____. (1920/2013). Más allá del principio de placer. Tomo XVIII. Amorrortu Editores.
- _____. (1933/2017). ¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud) en J. Strachey (Ed.), Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (pp. 179-180). Tomo XXII. Amorrortu Editores.
- _____. (1895/2013). Proyecto de una psicología para neurólogos en J. Strachey (Ed.), Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud (pp. 362-364). Tomo I. Amorrortu Editores.
- _____. (1921/2013). Psicología de las masas y análisis del yo. Tomo XVIII. Amorrortu Editores.
- _____. (1901/2013). Psicopatología de la vida cotidiana. Tomo VI. Amorrortu Editores.
- _____. (1915/2003). Pulsiones y destinos de pulsión en J. Strachey (Ed.), Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras. (pp. 105-134). Tomo XIV. Amorrortu Editores.
- _____. (1913/2014). Tótem y tabú. Tomo XIII. Amorrortu Editores.
- Hacking, I. (1998/1995). Reescribiendo el alma: personalidad múltiple y las ciencias de la memoria. Brasil: José Olympio Editora.
- Keegan, E. & P. Holas (2010) "Terapia cognitivo-comportamental. Teoría y práctica". (traducción de: "Cognitive-Behavior Therapy. Theory and Practice". En: Carlstedt, R. (2010) Handbook of Integrative Clinical Psychology, Psychiatry and Behavioral Medicine. NewYork: Springer.)

Lacan, J. (1969/2008). Seminario 17 : El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires : Paidós
(Trabajo original dictado en 1969-1970).

_____. (1966/2008). Intervención sobre la transferencia. En Escritos 1 (pp. 209–222).
México: Siglo XXI..

Laplanche, J. & Pontalis, J. B. (1967/2004). Diccionario de Psicoanálisis. 1ª ed. 6ª reimp.
Paidós

Ong, W. J. (1996). Oralidad y escritura : Tecnologías de la palabra. En: A: Scherp (Trad.). D.
F. México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1982)

Pêcheux, M. (1994). Ler o arquivo hoje (M. G. L. Morim do Amaral, Trad.). En E. Orlandi
(Org.), Gestos de leitura (pp. 49–59). Editora da Unicamp. (Obra original publicada
en 1982)

Piquerez, M. (2024). Tesis de Maestría: Oral/escrito: Una hipótesis para una hermenéutica del
sujeto. Montevideo.